



Yura: Relaciones internacionales

Departamento de Ciencias Económicas, Administrativas y de Comercio

Revista electrónica: ISSN 1390-938x

Nº 6: Abril - junio 2016

El 32 de agosto: muertos y heridos por una aventura militar de mala intención política

pp. 84 - 97

Bravo, Kléver Antonio

Universidad de las Fuerzas Armadas ESPE

Sangolquí - Ecuador

Avda. Gral. Rumiñahui s / n.

kabravo@espe.edu.ec

Resumen

84

Una vez constituido el Gobierno Revolucionario Nacionalista de las Fuerzas Armadas, encabezado por el general Guillermo Rodríguez Lara (1972 – 1976), su posicionamiento fue inmediato y libre de confrontaciones, a pesar de haber sido un Gobierno dictatorial. El pueblo logró entender que era un Gobierno militar sin intenciones represivas. Todo lo contrario. En este período fue visible el desarrollo nacional y la estabilidad política, gracias al primer boom petrolero y la gran ausencia de los partidos políticos tradicionales. Todo iba bien, hasta que llegó esta historia de un golpe de Estado que se llevó a cabo en Quito el 1 de septiembre de 1975, considerado como un golpe fracasado que dejó huellas de sangre y división entre las filas del Ejército ecuatoriano, a causa del enfrentamiento armado entre unidades militares de las plazas de Quito y Pastaza, unas por tomarse el palacio de Gobierno y otras por defenderlo. Con el análisis de este evento, se transparentó la deslealtad de sus protagonistas y el inicio del fin de esta dictadura militar.

Palabras clave

Conspiración, Fuerzas Armadas, guerra urbana, deslealtad, Palacio de Carondelet

Abstract

Once constituted, the Revolutionary Nationalist Government of the Armed Forces, headed by General Guillermo Rodríguez Lara (1972-1976), its position was immediate and free of confrontation, despite having been a dictatorial Government. The people were able to understand that it was a military Government without repressive intentions. Quite the opposite, in this period the national development and political stability were visible, thanks to the first oil boom and the great absence of the traditional political parties. Everything was going well, until it became this story of a coup d'état that took place in Quito on September 1, 1975, considered to be a failed coup that left traces of blood and division among the ranks of the Ecuadorian army, due to the armed conflict between military units in the posts of Quito and Pastaza, some for taking over the Government Palace and others for defending it. With the analysis of this event, the disloyalty of its protagonists and the beginning of the end of this military dictatorship came to light.

keywords

Conspiracy, Armed Forces, urban warfare, disloyalty, Carondelet Palace

Desde las primeras horas del 1 de septiembre de 1975, precisamente a partir de las 00:00 h., el palacio de Carondelet fue rodeado y atacado por una facción del Ejército ecuatoriano. Este remedo de golpe de Estado - a un gobierno de corte militar - estaba encabezado por el general Raúl González Alvear, quien cumplía funciones de jefe del Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. El día anterior, y por una improvisación en el plan de ataque, instaló su puesto de mando en la funeraria Quito, cercana al Palacio, y desde allí dirigió una operación ofensiva cuya misión era la destitución del presidente de la República, general Guillermo Antonio Rodríguez Lara, ausente en esos momentos de crisis.

Esta guerrita, en la que se bañó de sangre el palacio de Carondelet y sus alrededores, dejó un saldo de catorce militares y once civiles muertos, veinte y siete militares y veinte y seis civiles heridos¹, unos por cumplir órdenes superiores, otros por curiosos. En resumidas cuentas, aquel 1 de septiembre resultó ser el día más largo en la historia golpista ecuatoriana. Unos lo llamaron - irónicamente - el Golpe de la Funeraria, otros el 32-A. Este último nominativo merece una breve explicación, y es que fue efecto de la “sal quiteña”, por cuanto el general Rodríguez Lara, una vez recuperado el Palacio al finalizar la tarde, ordenó que no se vuelva a mencionar los desleales sucesos del 1 de septiembre; así, la sabiduría popular lo bautizó como el “32 de Agosto”.

¿Sería que este intento de golpe de Estado fue el toque final del capricho y reacción del general González Alvear, por no haberse cumplido sus pedidos al general Rodríguez Lara: ser nombrado representante del Ejército ecuatoriano a la Junta Interamericana de Defensa, JID; o, cumplir las funciones de Secretario General del Consejo de Seguridad Nacional, COSENA?. Esta pregunta, por demás polémica, tiene sus respuestas concretas en párrafos subsiguientes, pues este caso se analiza como una historia inconclusa del *vine, vi, corrí* del general Raúl González Alvear; a lo que se suma una cronología de los hechos en el antes, durante y después de aquel día, así como también la descripción de las operaciones militares que fueron planificadas por los sublevados que, según ellos, “nos jugábamos el todo por el todo” para “corregir los yerros” del Jefe de Estado, general Rodríguez Lara.

Método

La forma general con la que se presenta el presente artículo es la crónica, la que nos ha permitido reseñar con mayor facilidad el enfrentamiento militar entre dos facciones del Ejército ecuatoriano, el 1 de septiembre de 1972. Para dar fe al método analítico – sintético, se ha separado los hechos de aquel día, tomando muy en cuenta el orden cronológico, algo muy importante en la reseña histórica. A lo que se suma el antes y el después de la escaramuza, teniendo como escenario principal el Palacio de Carondelet, sede del poder Ejecutivo en el Ecuador.

Para una mayor facilidad en la interpretación histórica, el método heurístico nos ha llevado al manejo de nueve fuentes escritas y dos orales que han fusionado a la información en forma de relato. Así, el evento general del 32 de agosto, como lo llamó la prensa de aquel entonces, viene a ser una descripción histórica, fruto de la investigación crítica de un suceso inesperado para la población civil y militar que vivió una época de dictadura militar.

Resultados

3.1.- Del Carnavalazo a La Funeraria

Fue el 15 de febrero de 1972, un martes de Carnaval, cuando el comandante general del ejército, general Guillermo Rodríguez Lara, asumió la presidencia de la República en nombre de las Fuerzas Armadas ecuatorianas. Fue un golpe de Estado con mínimas complicaciones políticas y militares: sin cuartelazos, sin bayonetas apuntando a la población desarmada y sin el caudillo con puño de victoria, trepado en los hombros de los esbirros. Fue un cambio forzado de gobierno - de un dictador civil a un dictador militar – teniendo como base cuatro argumentos esenciales:

- Rechazo a un populismo prolongado. En aquel tiempo, Assad Bucaram, prefecto de la provincia del Guayas y hombre del mismo corte populista de Velasco Ibarra, era el próximo candidato a la presidencia con mayores probabilidades de éxito electoral.
- La perspectiva del primer boom petrolero. El panorama económico del Ecuador ya percibía la bonanza con la explotación del oro negro descubierto en 1967 por el consorcio Texaco-Gulf, en el nororiente ecuatoriano.ⁱⁱ
- Evitar el “saqueo final”. Una justificación militar convertida en pronunciamiento político, asunto que analizaría el alto mando frente al desenlace de un gobierno populista.ⁱⁱⁱ
- A sus 79 años, Velasco Ibarra era ya una reliquia política.

A este nuevo período dictatorial, el general Rodríguez Lara lo llamó Gobierno Revolucionario Nacionalista de las Fuerzas Armadas, cuya base doctrinaria era la *Filosofía y Plan de Acción*, y el *Plan Integral de Transformación y Desarrollo*, que no eran otra cosa que las bases documentadas de un “reformismo militar” que suplantaba el vacío de poder que dejó Velasco Ibarra a partir de 1970, año en el que este gobernante se declaró dictador civil.

Con las bondades económicas concedidas por la explotación petrolera, el Gobierno Revolucionario Nacionalista emprendió diversas obras, muchas de ellas mal vistas por la oligarquía criolla por tener un “leve giro a la izquierda”. Al respecto, hacemos mención de las principales obras de este Gobierno: la creación de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana, CEPE, como el telón de fondo de la nacionalización del petróleo; la construcción de la refinería estatal en la provincia de Esmeraldas; el apoyo a la creación de la Organización Latinoamericana de Energía, OLADE; el ingreso a la Organización de Países Exportadores de Petróleo, OPEP; kilómetros y kilómetros de canales de riego, tanto en la Costa como en la

El 32 de agosto: muertos y heridos por una aventura militar de mala intención política

Sierra; la construcción del proyecto hidroeléctrico Paute, el más grande de la historia; la construcción vial, tomando como referencia el asfaltado de varias rutas de conexión a la capital del Ecuador.^{iv}

El posicionamiento de las Fuerzas Armadas en la sociedad civil, especialmente en las zonas rurales y urbano-marginales, fue otro de los retos alcanzados por este Gobierno. Efectivamente. La construcción de escuelas, asistencia médica, distribución de útiles escolares, instalación de baterías sanitarias, construcción de vías y puentes; fueron campañas de apoyo al desarrollo bajo el membrete de “Acción Cívica”, a lo que se sumaba el desarrollo de proyectos comunitarios insertados en la Conscripción Agraria Militar Ecuatoriana, CAME.^v

Esta imagen “benefactora” se vio fortalecida con el ingreso de las Fuerzas Armadas al aparato económico nacional. En 1972 fue creada TRANSNAVE, la primera empresa naviera del Ecuador, misma que se fusionó con la compañía japonesa Kawasaki Kisen Kaisha y así constituir la Flota Petrolera Ecuatoriana, FLOPEC. De igual manera, fue creada la empresa de economía mixta Astilleros Navales Ecuatorianos, ASTINAVE.^{vi}

En definitiva, la puesta en marcha del crecimiento económico entre los años 1972 y 1975 se veía reflejada en tres aspectos:

- Crecimiento industrial mediante inversiones estatales o mixtas
- Desarrollo agropecuario gracias al apoyo del Estado
- Una expansión acelerada de la clase media, cuyo efecto fue visible en el aumento del gasto público y la burocracia

Todo este progreso fue construyendo una sociedad urbano-industrial, a efecto de la migración del campo a la ciudad, dejando en claro que este desarrollo social fue desigual y heterogéneo.^{vii}

En estos años de dictadura militar, 1972-1976, el campo de la política era espacio muerto, por así decirlo. Los partidos y movimientos como los velasquistas, socialistas, el CFP (Concentración de Fuerzas Populares) y el mismo ARE, alianza Revolucionaria Ecuatoriana, “no daban señales de vida”, en vista de que estos apuntaban – y apuntan – solamente hacia el “norte” electoral. Es por esto que el Gobierno tenía el camino libre para ejercer su mandato, pues “pocas veces un régimen tuvo mejores circunstancias para actuar”.^{viii}

Como que las cosas marchaban mejor de lo que el pueblo imaginaba: estabilidad económica y política, algo no usual en nuestra tierra. Y lo que es más: el “desarrollo integral”, establecido bajo consignas estadounidenses, daba sus frutos gracias a las buenas

relaciones civiles-militares, cuya base doctrinaria se expandía en el recién inaugurado Instituto de Altos Estudios Nacionales, IAEN, y su tan trillada especialidad en Seguridad Nacional.^{ix}

Con una economía nacional en superávit y un liderazgo basado en el “reformismo militar”, el país vivió una relativa felicidad colectiva. Hasta que apareció la zancadilla ecuatoriana en un segmento de la cúpula militar de ese entonces. Según el libro escrito por el mismo general González Alvear, éste solicitó directamente al Presidente su pase a la Junta Interamericana de Defensa, En Washington, o a la Secretaría del Consejo de Seguridad Nacional. Solicitudes negadas. En estas circunstancias, apareció el argumento de que “el general Guillermo Rodríguez Lara provocaba enfrentamiento entre oficiales de alto rango, para cumplir con la consigna de sus asesores: destruir a las Fuerzas Armadas”.^x

El argumento conspirativo tomó cuerpo en la llamada “Noche de los generales”. No se sabe exactamente qué noche de julio o agosto de 1974 fue, lo cierto es que en esos meses se incubó el bicho de un golpe de Estado en la cabeza de los generales Alejandro “El Caucho” Solís, director del Colegio Militar, concuñado de González Alvear; Juan Araujo Proaño, inspector general del Ejército y el mismo González Alvear.^{xi} Empero el bicho no creció ni dejó larvas hasta el mes de mayo de 1975. Tiempo en el que ya se hablaba en serio el tema del golpe de Estado a través de reuniones no tan secretas entre los generales anteriormente mencionados y otros oficiales superiores de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional, algunos de ellos subalternos y ayudantes de órdenes de González Alvear durante su jefatura en la zona militar del Guayas y en el Estado Mayor del Comando Conjunto.

Los contactos efectivos se dieron con las unidades militares de la plaza de Quito. A la cabeza la brigada Pichincha, al mando del coronel Jorge Cevallos; el escuadrón mecanizado Machala, el batallón de paracaidistas, el batallón de transmisiones, el Centro Logístico No. 1, el Cuerpo de Ingenieros del Ejército, el batallón Chimborazo. A este conjunto de repartos miliares sublevados de la capital se sumó la brigada de selva Pastaza, comandada por el coronel Rubén Manjarrez.^{xii} El batallón Vencedores y la Escuela de Tropa del Ejército, unidades que compartían las mismas instalaciones en la actual avenida La Prensa, fueron los repartos que no apoyaron el golpe, más bien defendieron al Régimen, dado que el teniente coronel Edison Garzón Moreno, comandante del batallón, no aceptó la propuesta de los insurrectos, incluso “consultó” con sus oficiales subalternos para confirmar el apoyo al Gobierno del Rodríguez Lara.^{xiii}

El 32 de agosto: muertos y heridos por una aventura militar de mala intención política

Para la ejecución del golpe de Estado, los militares sediciosos prepararon tres planes: el “A” y el “B” se llevarían a cabo a través de una “operación de comandos” para la captura sorpresiva del Presidente y los miembros de Gabinete. Estos dos planes fueron descartados para dar paso al plan “C”, el mismo que fue preparado para el día miércoles 19 de agosto. Se trataba de la captura del Presidente en el cuartel Epiclachima, al sur de Quito, previa “invitación” a una demostración del entrenamiento militar de las unidades de la plaza. Este plan fue postergado para la primera semana de septiembre, debido a la visita oficial de Alfonso López Michelsen, presidente de Colombia. El plan tomó cuerpo tres días antes del “Día D”, con la detención de algunos oficiales que estaban en desacuerdo con el golpe, entre ellos el general Ángel Polibio Vega y el coronel Cristóbal “Ranger” Navas.^{xiv}

91

3.2.- El “Día D”

El día sábado 30 de agosto, mientras regresaba de Cuenca luego de un recorrido por la zona del Austro ecuatoriano, el general Rodríguez Lara se enteró del plan “C”, incluso tenía conocimiento de que sus cabecillas habían preparado cuatro documentos para su destitución: un decreto de sustitución del mando, un estatuto de gobierno para dos años, el comunicado al país y un anexo al plan destinado al control e instalación de las comunicaciones.^{xv} Tomada en cuenta esta amenaza, Rodríguez Lara viajó a Riobamba, a la brigada blindada Galápagos; para, desde allí, emprender el contraataque y así evitar su captura y destitución.

Con el plan en su punto, las tropas sublevadas iniciaron la marcha ofensiva el día domingo en la noche para apostarse alrededor del Palacio. Los hombres de la brigada Pichincha dieron las primeras ráfagas a las 00:00 h. del lunes 1 de septiembre, empleando fusiles, ametralladoras de diverso calibre y bazucas; armas que no solamente mataban gente, también podían destruir carros de combate y derribar aviones. Tal fue la efervescencia en el empleo de estas armas, que el primero en morir fue el sargento Jorge Hinojosa, de la Escolta Presidencial. La munición de la ametralladora .50 le destruyó todo el cuerpo con solo un impacto.^{xvi}

Esta primera fase de la operación ofensiva duró hasta las primeras horas de la mañana, sin lograr la toma del Palacio debido a la reacción efectiva de los soldados del escuadrón Escolta Presidencial, comandados por el mayor León Cid Miguel Gustavo Ecuador Iturralde Jaramillo, comandante de este reparto.

Desde las 06:00 h., las radios Gran Colombia, Nacional y Éxito, daban su relato de la balacera entre los dos bandos del mismo ejército. A las 12:00 apareció una bandera blanca que flameaba en los altos del Palacio. Vencieron los sublevados y la fiesta del saqueo, destrucción y desorden empezaba con el ingreso de los curiosos mezclados con las tropas rebeldes encabezadas por los generales golpistas; quienes, **disfrazados de civil**, subieron a la terraza - en hombros de los emocionados - para agitar puños y banderas en señal de victoria, mientras los familiares del Presidente eran tomados como rehenes.

Tomado el Palacio, sin el primer gobernante ; y, con el salón de música, la biblioteca y el Salón Amarillo destruidos por el vandalismo, los golpistas manifestaron su proclama para “liberar al pueblo de la mentira, demagogia y corrupción”, aclarando que “nosotros nos hemos empeñado en restaurar al país de la postración en que lo ha colocado el depuesto ex Jefe Supremo Rodríguez Lara”, en vista de que “los imperativos de justicia social no se habían cumplido” y “la política petrolera era lamentable”. Efectivamente, el general González Alvear, *disfrazado de civil*, se autoproclamó Jefe de Estado.^{xvii}

El festín de los complotados y el pillaje de los curiosos, fueron episodios muy breves. Las operaciones de contraofensiva de los soldados del batallón Vencedores y la Escuela de Tropa se llevaron a cabo mediante una táctica de incursión - desde el norte - para recuperar el Palacio. Cumplieron la táctica de una guerra urbana con el siguiente dispositivo: un pelotón de avance por la calle Benalcázar, al mando del capitán Rómulo Guerrero; otro pelotón por la calle García Moreno, al mando del capitán Jorge Cerda y un tercer pelotón en la retaguardia, al mando del capitán Byron Noboa.^{xviii}

En esos mismos instantes salía desde Riobamba el general Rodríguez Lara con una columna de tanques y el apoyo aéreo de un helicóptero. Aparte, sobrevolaron dos aviones de combate de la Fuerza Aérea Ecuatoriana, uno de ellos hizo un vuelo rasante sobre el Palacio y otro arrojó dos bombas: una que cayó en la cancha de fútbol del cuartel Epiclachima y otra sobre la base de comandos, ubicada en la hacienda El Prado, en las inmediaciones de Sangolquí.^{xix}

Con el ingreso de las tropas leales al Palacio, todo se volvió una trifulca debido a que fallaron las comunicaciones de los sublevados. Pese a la confusión y el caos, Carondelet fue recuperado por los hombres del Vencedores y la Escuela de Tropa, apenas empezaba la tarde. Para completar la operación, llegó el general Rodríguez Lara con los tanques de la brigada blindada y varios camiones con un centenar de soldados, incluso llegaron desde Guayaquil refuerzos de la infantería de marina.^{xx} Con todo esto, los rebeldes se rindieron. El Gobierno Revolucionario Nacionalista “aplastó la rebelión”, pero “la patria quedó herida”.^{xxi}

Confirmada la derrota de los disidentes: unos retornaron a sus cuarteles, otros fueron capturados y encerrados en el teatro Pichincha para luego ser trasladados al penal García Moreno, y otros salieron corriendo en busca de asilo diplomático en las embajadas de Colombia, Estados Unidos, Chile y Venezuela. El primero en olvidarse de sus compañeros detenidos y lanzarse al asilo fue el mismo general González Alvear y su edecán. De un inicio golpeó las puertas de la Embajada de los Estados Unidos, pero su pedido fue negado por no existir un acuerdo de asilo con Ecuador. Como segunda opción, el general jefe del complot fue a la embajada de Chile donde fue muy bien atendido y aceptado su pedido por el embajador de ese país, general Pablo Schaffauser. Otros oficiales que se dieron a la fuga y aceptados sus pedidos de asilo en la embajada de Colombia fueron dos oficiales de la Fuerza Aérea, coronel Luis Guevara y mayor Washington Granja. La misma suerte tuvo el coronel Oswaldo Cabrera en la embajada de Venezuela.^{xxii}

¿Qué pasó con el espíritu de cuerpo entre los militares insurrectos? Así se expresa Jaime Galarza Zavala en relación a esta crisis de ética militar:

En cuanto al héroe de la jornada, capitán araña de alto rango, que hubo ya penetrado al Palacio para hacerse cargo de los destinos del país, salió saltando entre muertos y heridos para refugiarse – él solo – abandonando a sus compañeros de complot... Los militares de hoy deben conocer bien esta historia, que es una breve enciclopedia de la infamia y la traición.^{xxiii}

Para ser juzgados los oficiales que fueron reducidos a prisión, se formó un Consejo de Guerra Extraordinario, el mismo que estaba liderado por el general Fernando Dobronski en calidad de Presidente. El Consejo fue suspendido luego de varios días de trabajo debido a la falta de bases legales en su nombramiento, aparte de que las argucias de la defensa de los disidentes iban ganando terreno. Frente a este “impase legal”, los detenidos fueron sancionados mediante Decreto Presidencial. Según el Art. 3 del Decreto Supremo 836 del 11 de octubre de 1975, las sanciones impuestas fueron las siguientes:

Expulsión de las filas del Ejército, con todos los efectos consiguientes, al general Raúl González Alvear, “por haber sido el mentalizador, planificador y conductor de los hechos sediciosos del 1 de septiembre de 1975... Y por abandono de banderas y de las tropas a su mando”.

Expulsión de las filas del Ejército, con los efectos consiguientes, a los coroneles Jorge Cevallos, Rubén Manjarrez y Efendi Maldonado.

Dados de baja de las Fuerzas Armadas, con pérdida de los derechos a la cesantía militar a los generales Alejandro Solís y Juan Araujo, al coronel Luis Guevara y al teniente coronel Jaime Sáenz.

Dados de baja a los tenientes coroneles Carlos Guerrero, Luis Araque, Walter Landázuri, Roberto Castro, Julio Andrade, César Pazmiño, Jorge Vásquez, y Jaime Guevara. A los mayores Gonzalo Mera, Jorge Espinosa, Luis Gudiño, Ismael Saá, Evencio Izurieta, César Paredes, Luis Pazmiño, Roberto Varas y Francisco Dávila.

Suspensión de funciones militares por un período de 90 días a los capitanes Gonzalo Bueno, Marcelo Ormaza y Mario Zurita.^{xxiv}

Discusión

Claramente se ve que este golpe de Estado, maquinado por un grupo de militares contra un gobierno militar, fue el efecto de ambiciones y envidias que calentaron la cabeza del protagonista principal y de sus seguidores. Hubo, sí, un grupo minúsculo de políticos civiles que formaron una “Junta Cívica” que merodeó la conspiración y los hechos del 1 de septiembre, pero de estos nada trascendió. Fue una rebelión puramente castrense.

Llama la atención el alto grado de deslealtad con la que actuaron los disidentes para destituir un gobierno militar desde una facción militar, y entrar en acción – según ellos – por dos años, especialmente en momentos en los que el Ecuador era un país de opulencia. Por un lado, este hecho deja en evidencia la fuerza que tienen las ambiciones personales cuando están amparadas en una jerarquía militar de alto nivel. Por otro lado, este golpe fallido dejó grietas profundas en el Gobierno Revolucionario Nacionalista. Y lo peor: el 32-A produjo una división de mal agüero al interior de los cuarteles, y un mal precedente en la historia militar ecuatoriana.

Aquí se sumaron dos errores de alta trascendencia. Uno, la falta de apreciación estratégica, al pensar que la forma tradicional de tumbar gobiernos a través del cuartelazo resultaría demasiado fácil y de poca resistencia. Dos, la carencia visible de ética militar por parte de los golpistas. Si ven que el Gobierno Revolucionario Nacionalista marchaba sin mayores desperfectos, apoyen, no estorben.

Es muy conocido que el soldado ecuatoriano jamás dispara contra su pueblo, pero esta vez - y en diversas ocasiones - los repartos militares se mataron entre sí. Unos por tomarse el Palacio, otros por defenderlo. Pero todos cumpliendo órdenes superiores de combatir, de disparar, de matar. Saldo final del 32-A: 25 muertos y 53 heridos, entre civiles y militares.

Lista de referencias

Cueva, A, (1997). *El proceso de dominación política en el Ecuador*, editorial Planeta, Colombia

Diario *El Comercio*, 2 de septiembre de 1975

Dobronski, F, (2015). “Consejo de Guerra Extraordinario, octubre de 1975”, artículo inédito

Espinosa, S, (2010). *Presidentes del Ecuador*, aporte cultural de Vistazo, Guayaquil.

Galarza, J, (2013). “Sangre en Carondelet”, en el diario *El Telégrafo*, 09 de mayo de 2013

González, R. (2004). *Memorias para la historia ecuatoriana: 1 de septiembre de 1975*, Quito.

Larrea, C, (1991). “La estructura social ecuatoriana entre 1960 y 1979”, en la *Nueva Historia del Ecuador*, volumen 11, de Enrique Ayala Mora, editor, Corporación Editora Nacional, Quito.

Quinteros, R, Silva, E, (2001). *Ecuador: una nación en ciernes*, tomo III, editorial Universitaria, Quito.

Revista *Vistazo*, octubre de 1972, septiembre de 1975

Entrevistas:

Coronel s.p. Jorge Cerda

Sargento s.p. José Palacios

Notas a pie de página

ⁱ González, R. (2004). *Memorias para la historia ecuatoriana: 1 de septiembre de 1975*, Quito, pp. 331-333. Aquí el autor, y protagonista principal del hecho, escribe un número de veinte y cinco militares heridos. De acuerdo a la entrevista con el coronel en servicio pasivo Jorge Cerda; él, que en ese tiempo ostentaba el grado de capitán, y el teniente Cortez también fueron heridos a efecto del combate.

ⁱⁱ Espinosa, S, (2010). *Presidentes del Ecuador*, aporte cultural de Vistazo, Guayaquil, p. 1992.

ⁱⁱⁱ Quinteros, R, Silva, E, (2001). *Ecuador: una nación en ciernes*, tomo III, editorial Universitaria, Quito, p. 228.

^{iv} Cueva, A, (1997). *El proceso de dominación política en el Ecuador*, editorial Planeta, Colombia, p. 76

^v Quintero, R, Silva, E, op. cit., p. 221

^{vi} *Ibíd.*, p. 224

^{vii} Larrea, C, (1991). “La estructura social ecuatoriana entre 1960 y 1979”, en la *Nueva Historia del Ecuador*, volumen 11, de Enrique Ayala Mora, editor, Corporación Editora Nacional, Quito, p. 120

^{viii} Revista *Vistazo*, octubre de 1972, p. 30

^{ix} Quintero, R, Silva, E, op. cit., p. 222

^x González Alvear, op. cit., p. 213

^{xi} *Ibíd.*, p. 219

^{xii} *Ibíd.*, pp. 250-252

- ^{xiii} Entrevista con el coronel en servicio pasivo (s.p.) Jorge Cerda, 29 de julio de 2015
- ^{xiv} González Alvear, op. cit., p. 254
- ^{xv} *Ibíd.*
- ^{xvi} Entrevista Crnl. Cerda.
- ^{xvii} Revista *Vistazo*, septiembre de 1975, p. 6
- ^{xviii} Entrevista Crnl. Cerda.
- ^{xix} Entrevista al sargento s.p. José Palacios, 29 de julio de 2015
- ^{xx} Diario *El Comercio*, 2 de septiembre de 1975
- ^{xxi} Revista *Vistazo*, septiembre de 1975, p. 12
- ^{xxii} González Alvear, op. cit., p. 298
- ^{xxiii} Galarza, J. (2013). “Sangre en Carondelet”, en el diario *El Telégrafo*, 09 de mayo de 2013
- ^{xxiv} Dobronski, F. (2015). “Consejo de Guerra Extraordinario, octubre de 1975”, artículo inédito